

RELACIONES CULTURALES Y POLITICA EXTERIOR

A pesar de la guerra, las relaciones culturales entre España y los beligerantes no se han interrumpido. Al contrario, se hacen esfuerzos eficaces por intensificarlas y vencer ampliamente las dificultades materiales de comunicación e intercambio. No han callado las letras ante las armas, sino que han levantado su voz.

El fenómeno da pábulo a algunos interrogantes. ¿Qué son las relaciones culturales entre pueblos y en qué medida son posibles? ¿Suponen una cierta unidad de la cultura y contribuyen a ella? O, de otra parte: ¿En qué relación están con la política exterior? ¿Son un instrumento suyo? ¿Deben serlo?

Hay quienes dicen que pasaron para Europa los tiempos de las relaciones culturales porque pasó ya el tiempo de la cultura. Son los que piensan que no podrá haber ya en Europa un gran estilo arquitectónico, una elevada poesía, una filosofía profunda, una fe viva. Piensan que han terminado las épocas de las grandes creaciones, que se acabó la lucha por los grandes principios y que ya no queda planteada sino en el terreno del poder económico y territorial. Los españoles tenemos que oponer que un hecho bien reciente, nuestra guerra de liberación, ha demostrado que

se sigue luchando por grandes principios, por valores del espíritu, y no solamente económicos. No es verdad que fuera en Leipzig, en la batalla de las naciones contra Napoleón, cuando por última vez se luchó por principios en Europa. Las columnas navarras y los voluntarios de toda España se lanzaron a la lucha movidos por principios ideales, y el Alcázar quedará como símbolo del tradicional espíritu heroico de la oficialidad española. Habrá quien diga que la guerra de España ha sido un fenómeno particular; pero lo cierto es que, al contrario, tenía un sentido universal y prefiguraba el gran problema de la visión del mundo que haya de prevalecer en éste.

Se observará también que, se quiera o no, la actual guerra es una guerra económica. Pero que la guerra sea económica no quiere decir que detrás de ella no palpiten cuestiones morales. Si hoy se bloquean continentes antes se bloqueaban ciudades. Lo económico es un arma más —en mil casos la esencial— en el fenómeno de tendencia *total* que es la guerra. Y si hoy la guerra se plantea inexorablemente en el terreno económico, eso significa que más inexorable tiene que ser la voluntad nuestra de que en esa lucha no se ahoguen nuestros principios de cultura.

Yo he de decir más: Europa no podrá vivir sólo por puras preocupaciones territoriales y económicas. Cuando esto fuera así, cuando el alma europea no sintiera más luchas que las de los mercados, Europa habría dejado de ser. Aún se me objetará que eso precisamente piensan quienes afirman que han pasado las posibilidades culturales de Europa. Pero aquí es donde se nos revela la gravedad que encierra creencia semejante. Los conceptos de las ciencias sociales e históricas se

diferencian de los conceptos naturales en que los segundos no influyen sobre su objeto y los primeros sí.

Los hombres han podido pensar durante muchos siglos que el Sol daba vueltas alrededor de la Tierra, y ahora inclinarse a pensar lo contrario: que es la Tierra la que da vueltas alrededor del Sol. Pero de una cosa estamos seguros: de que el Sol sigue su navegación inalterada y no se afecta porque creamos una u otra cosa de ella. En cambio, lo que nosotros creamos que es justicia, derecho, estado o cultura; lo que creamos sobre las posibilidades y perspectivas de nuestra cultura o nuestra Historia, eso, al hacerse creencia, se hace realidad histórica e influye, por consiguiente, en la realización misma de la Historia. Si nos creemos agotados culturalmente, ¿cómo vamos a poder hacer cultura? No pretendo decir con esto que creer que podemos sea ya poderla hacer. Lo que digo es que sin esa creencia la posibilidad se nos cierra por completo. Hay que creer que la época venidera *puede ser* una época fecunda y creadora. Habría que creerlo aunque no fuera más que por respeto al misterio del futuro. Por respeto a ese futuro y a la varia, compleja e inagotable realidad, tenemos que pensar que son posibles grandes creaciones. Sería, en verdad, extraordinario que las culturas, que, por ejemplo, en la concepción de Spengler están llamadas a desaparecer sin fecundarse unas a otras, sucediéndose sin tener entre sí nada de común, sólo se parecieran en el implacable rigor con que sus horas están contadas. ¿Por qué esa necesidad en el mundo de lo histórico, cuando ya en el mundo de la naturaleza la necesidad absoluta no sirve tampoco para explicarnos los fenómenos naturales? Y cuando vemos en el mundo de lo orgánico la infinita varie-

dad de formas, creaciones y ritmos que nos ofrecen las criaturas vivientes, ¿vamos a pensar que sean menores las posibilidades en el mundo de lo histórico, al que, además de toda la complejidad existente en lo físico y orgánico, se incorporan nada menos que los factores del espíritu, de la personalidad y de la libertad?

Lo cierto es que el despliegue majestuoso del mundo de lo histórico no ha sido ascquible, en su profundo y total sentido, al saber de los hombres; acaso sólo ahora empiece a ser posible seriamente una ciencia de lo histórico. Mientras tanto, como si fuera en una inmensa sinfonía, a veces los hombres han creído descubrir una melodía que se repite, un tema que retorna, y han pensado encontrar la clave de la Historia Universal. Temo que esa clave no está todavía al alcance nuestro, y que el mundo de lo histórico es mucho más vario y complejo de lo que todas las teorías que hasta ahora han existido sobre él han pretendido mostrar.

Y así, en el campo de la Historia nos encontramos con fenómenos varios y sorprendentes, por ejemplo: el increíble fenómeno de la incorporación a la vida de nuestra cultura, de la cultura de la antigüedad griega y romana. Se podrá pretender que el espíritu de Occidente diverge muy mucho del de la cultura antigua. El hecho de que esta cultura ha sido, y en muchos aspectos sigue siendo, ejemplar para nosotros, y que una y otra vez los clásicos de la antigüedad hayan servido para la formación de los conceptos en toda la cultura occidental, nos hace concebir la esperanza de que realmente hayamos sabido asimilarla.

Otro fenómeno sorprendente es que existan territorios en los cuales hay como una virtud de renacimien-

to continuo de la cultura. Hay tierras por las que la cultura nunca pasó o acaso pasó una sola vez; hay otras en las cuales es como el ave fénix, y una y otra vez consigue producir formas las más elevadas y perfectas. Así en España las viejas culturas de que Tartessos es ejemplo; la cultura hispanolatina, la más brillante entre las provinciales; la cultura hispanovisigótica, la más destacada de todas las provenientes de los troncos germánicos; la hispanoárabe, que produce en España filosofía, arte y monumentos no igualados en ninguna otra región.

Se diría también que ciertas tierras y estirpes dan su especial tono a toda forma cultural que por ellas pasa. Así la tierra y la sangre española parece que imprimen en toda forma de cultura un sello de universalidad.

El estudio de esta clase de fenómenos podría enriquecer el instrumental histórico. Si resultara que existían características permanentes en países, pueblos o culturas, acaso podríamos descubrir también la posibilidad de relaciones funcionales permanentes entre ellos. Si, por ejemplo, hay pueblos caracterizados de un modo determinado, entonces será muy posible que estos pueblos reaccionen de un modo específico en sus relaciones recíprocas. Si esto fuera así, podríamos encontrar un criterio para establecer las relaciones políticas entre pueblos, mucho más seguro que los varios que pueden determinar alianzas en una constelación más o menos eventual u ocasional de fuerzas. Recurro a una imagen de la vida individual para explicarme: hay personas con cuya relación notamos que nos enriquecemos; su presencia, incluso vitalmente, eleva nuestro tono; el trato con ellas nos sugiere nuevas

actividades y nuevos pensamientos; hay otras, en cambio, que acaso nos deprimen, que nos restan fuerzas y cierran horizontes. No se piense que esto nos ocurre sólo a la gente menuda. De Goethe se sabe que su correspondencia y trato con Schiller determinaron una nueva floración de su capacidad poética, que él había llegado a temer agotada. Así como estos fenómenos ocurren en las relaciones entre personas, ¿no podrá ocurrir algo parecido en las relaciones entre pueblos?

Ya he indicado que España mostraba a lo largo de su historia la vocación de universalidad. Esta vocación ha influido decisivamente en su concepción a la unidad de la cultura y en sus relaciones culturales con otros pueblos. Hay un gran paralelismo entre la resonancia de la voz hispánica en el mundo y la acogida otorgada por los demás pueblos a las ideas de universalidad. Recientemente Menéndez Pidal recordaba que en el Imperio romano los españoles incorporados a la fe católica y a la disciplina del Imperio definen esencialmente, con un afán de unidad y de perfección en la comunidad de creencias, la fórmula del credo que va a permitir durante los siglos el mantenimiento de esta unidad. Osio emplea la fórmula de la consubstancialidad del Hijo con el Padre y salva los abismos abiertos a las herejías y a los cismas. Mas tarde, cuando ya se ha deshecho el tremendo aparato del Imperio romano y por todas partes pueblos mozos han irrumpido, abriendo una nueva situación histórica, es de nuevo un español, Orosio, quien tiene conciencia de que esos pueblos nuevos están llamados a ser los continuadores y los herederos de la vieja cultura greco-romana. El les adoctrina para la salvación de esa

vieja cultura y construye por primera vez la teoría de una Historia Universal, en la cual, incluso ya desliza al Imperio—como comunidad de los pueblos unidos en una fe—de la necesidad de que esté centrado, como lo estuvo hasta entonces, en una ciudad. Otro momento de auge combativo de las ideas de valor universal es la época del Renacimiento. Estaba amenazada por el poder turco la existencia de la Cristiandad. En la lucha contra él se afirma la conciencia del común destino. A todos los ojos los españoles son el pueblo que tenía la fuerza militar y el temple moral necesarios para hacer frente al tremendo peligro. Los españoles sabían aceptar su grave misión. En alguna ocasión Fernando el Católico, dolido de algunas disensiones en Italia, escribe que él ponía cada día en peligro su Reino y Estados por la salud de la fe cristiana, luchando una y otra vez continuamente contra los infieles. Podía pedir que depusieran diferencias en homenaje a este gran empeño.

En aquella época la cultura española se enriquece por obra de los humanistas y poetas italianos. Es de sobra conocida la renovación de nuestra poesía, arte y humanidades para que tenga que insitir ahora sobre el valor de esta aportación. Se decía que en el reparto de papeles España tenía la misión de las armas, Italia la de la pluma. Pero el influjo español en Italia también fué cultural. En las disciplinas particulares, arte, literatura, filosofía, humanidades, salvo Teología, Italia da más que recibe. En cambio, si la cultura no es solamente una manifestación del saber o del sentir, sino que es, como Scheler decía, una manifestación del ser, es decir, si la cultura no consiste en saber tales o cuales cosas o en tener esta o aquella sensibilidad, sino

que, por encima de todo esto, ser culto es una manera de ser ejemplar, entonces hay un aspecto en el cual España ejerce un profundo influjo en Italia y, principalmente a través de Italia y de su literatura, en todo el continente europeo. Me refiero al influjo del tipo ejemplar del ser español, del hidalgo, tema por el que yo me he sentido una y otra vez atraído. Por hablar exclusivamente de lo que aquí nos importa, aquella figura de *Il Cortigiano* que dibujara Baltasar Castiglione y que, hecha famosa por él, se difundió por toda Europa y se convierte en el modelo de hombre a imitar, es una figura que, como ha demostrado Menéndez Pidal, tiene sus raíces en España. Las dos características esenciales que Castiglione señala al Cortigiano son la “desenvoltura” y el ser “esforzado”. Una y otra, ya no sólo en el concepto, en su misma hechura verbal, tienen su origen en la lengua de Castilla y sólo por ella se comprenden. La desenvoltura es aquel despejo, aquel “natural imperio” que dicen otros clásicos nuestros, aquel don espontáneo de afrontar con superioridad toda nueva situación propios del español, porque no tanto se guiaba por normas que llevara sobre sí cuanto por principios incorporados a su ser y hechos sangre en su sangre. Y de otra parte, el ser “esforzado” no tiene nada que ver con el ser fuerte o con el hacer esfuerzos. Esforzado es el fuerte de ánimo, el animoso. Así, Don Quijote: “No me podrán quitar el esfuerzo y el ánimo”. Ser esforzado consiste en aquella grandeza de corazón y alma que permitía que nunca se encogiera el hidalgo ante ningún peligro ni se arredrara ante ninguna adversidad. España brindaba a Europa un dechado de hombres con títulos pro-

píos y mayores que cualquier otro para ser llamado *uomo universale*.

No sólo la lucha exterior contra el turco, también la interna por la unidad espiritual de Europa tiene su campeón en España, conducida por Carlos de Gante. En él esperan los que anhelan ver unida a la Cristianidad. Si el poeta Tansillo le canta: "un pastor solamente ed un ovile", le hace *pendant* el famoso soneto, ya tan conocido, de Acuña: "un Monarca, un Imperio y una espada". Este Imperio que concebía Carlos V se nutría de fuentes muy diversas. De una parte, las tradiciones borgoñonas y las del Sacro Imperio Germánico de la nación alemana, que a su vez ya recogían las del antiguo Imperio romano. Las de éste también le llegaban a través de sus consejeros italianos. El pensamiento italiano, que a lo largo de toda la Edad Media tuvo como tema constante y preocupación viva la del Imperio (ejemplo genial e insuperable en Dante), viene también a influir en la concepción imperial de Carlos V. Finalmente, Carlos V, que cuando viene a España ignora hasta la lengua, y progresivamente se va dejando ganar por el duro y entrañable atractivo de esta patria nuestra, recibe de ella elementos esenciales de su visión del Imperio. De una parte, aquella actitud combativa y aquel sentimiento vivo de la unión de la Cristiandad frente al enemigo común a nuestra fe, era herencia de ocho siglos de lucha por la reconquista del patrio solar. Es ésta, se ha dicho, la herencia de su abuela Isabel la Católica. De otra parte, nuevas acciones de España van a enriquecer la idea y el ámbito del Imperio: la vuelta al Mundo, que se logra por primera vez y tanta alegría dió a Carlos V; la conquista de las tierras nuevas,

que ya en el testamento de su abuela se había encomendado a la evangelización y que se le ofrecían como un nuevo y anchuroso Imperio.

Menéndez Pidal ha recogido las palabras de Hernán Cortés en que alienta esa concepción política: "Vuestra Alteza se puede intitular de nuevo Emperador de ella y con título y no menos mérito que el de Alemania, que por la gracia de Dios vuestra Sacra Majestad posee".

Creo que tiene interés, no sólo histórico, sino actual, el poner en claro el significado del Imperio para Carlos V. Menéndez Pidal ha demostrado —y Brandi, el gran historiador de Carlos V, que había formulado otros juicios, se ha adherido completamente al de Menéndez Pidal— que la posición imperial de Carlos V se cifraba en el anhelo de salvar la común cultura europea y hacerla trascendente y universal. Aspiraba Carlos V a la creación de una conciencia política al servicio de esa unidad europea, de esa "universitas cristiana". No pensó Carlos V en someter a los demás reyes; pensó en la necesidad de coordinarlos en una conciencia política común al servicio de aquel valor esencial. De aquí su indignación, el no comprender que un pueblo cristiano pudiera aliarse con el turco; de aquí su tenaz lucha contra la ruptura de la unidad cristiana que avanzaba en Europa; de aquí sus protestas de que él no quería apoderarse de nada que no fuera suyo. Estuvo dispuesto —nos diríamos en los tiempos medievales— a solventar en personal desafío la rivalidad política que con él sentía otro monarca; quería evitar que esa rivalidad llevara la lucha a un extremo en el que naufragaría la conciencia de la unidad europea. Esta inmensa aspiración de

Carlos V fracasa, primero, en el campo de las creencias con la ruptura de la unidad religiosa europea; después, en la lucha proseguida tenazmente por el hijo, cuando la Gran Armada, la Invencible, se estrella contra las tempestades. A esta época ambiciosa de unidad sustituye durante siglos una época que va a traer otros conceptos políticos, otras nociones de cultura. Viene la época del "equilibrio europeo" y las ideas universales se nublan. Los países europeos triunfan en aquella coyuntura, buscan un "equilibrio político" desentendido de las creencias y de la cultura; buscan la constitución de una balanza de fuerzas, forma de estabilización mecánica que habría sido definitiva si los pueblos fueran entidades inertes, sin cambios ni crecimiento. Un falso concepto y una falsa finalidad se proponían a Europa. Sobre una Europa políticamente dividida que había perdido la conciencia de comunidad política, y que en su división veía su salud, se tejía una red tenue de vida cultural, que más llamaríamos de cultura intelectual, porque no era cultura que vitalmente atara los pueblos de Europa entre sí.

Recientemente Ortega y Gasset recordaba que ese equilibrio ya en el siglo XVIII se miraba como "the great secret of modern politics". Piensa Ortega que "desde hace muchos siglos —y con conciencia de ello desde hace cuatro— viven todos los pueblos de Europa sometidos a un poder público que por su misma pureza dinámica no tolera otra denominación que la extraída de la ciencia mecánica: el "equilibrio europeo" o "balance of power".

Me inclino a creer que la armonía europea admitía otras denominaciones, que si se le aplicó esa fué por el auge de los conceptos de las ciencias mecánicas y

naturales, y que es éste un caso más de su extensión indebida a la fina, compleja, estructura de la realidad históricosocial. La misma imagen que Ortega emplea del enjambre de pueblos como abejas solícitas, más se aproximaría a expresar la posible realidad europea que esa otra —también imagen— de la ciencia mecánica. Concibo que se logre la adhesión europea al equilibrio orgánico e histórico de pueblos que se sienten en marcha hacia un común destino. El equilibrio resultará en la marcha y su existencia será condición previa para alcanzar un proceso ascendente. Pero el equilibrio no puede ser la meta en sí. Para Europa ha sido un error y una pérdida que sus energías se consagrasen a *equilibrarse* en vez de buscar un principio superior y *positivo* de armonía.

Obsérvese si no. En esta situación de equilibrio europeo tiene lugar la colonización del Nuevo Continente y otras tierras por gentes de Europa; en gran parte, por gente de nuestra raza y de nuestra habla. Se van así creando nuevas fuerzas políticas, algunas de inmensas dimensiones, mientras Europa no ha logrado la interna armonía.

Alguna vez me he preguntado qué habría sido de la historia del mundo si, habiendo triunfado el pensamiento de Carlos V, la colonización del resto de la tierra se hubiera hecho por una Europa con el nervio y la fuerza de una unidad de pensamiento y de acción. Yo sé perfectamente que entre las muchas cosas ilusorias que se puedan hacer, una de las más ilusorias es el preguntarse cómo hubiera sido la Historia si... Pero aun esta pregunta ilusoria tiene el valor de ponernos en contraste con la dureza de la situación real. ¿Cuál es la situación real nuestra? Europa para subsistir tiene

que conquistar esa conciencia política de la unidad de su cultura. Hay que ganar a ese propósito incluso a los pueblos de Europa que parecen estar enfrente de tal anhelo. No hay que olvidar que este pensamiento de unidad tiene sus representantes en todas partes, como también tiene en todas partes sus enemigos. La unidad de conciencia política, ciertamente, no ha de consistir en la reducción a una uniformidad, porque Europa no es uniformidad, sino fecunda variedad de elementos culturales. Su unidad no es la unidad de lo simple, sino la unidad de la armonía compleja, con todas sus posibilidades de expresión. Tampoco se puede tratar de una reducción a unidad estatal, que, ciertamente, acarrearía el peligro de cegar la energía creadora en el orden de la cultura.

Se trata de crear. Crear una conciencia común que justifique una política europea solidaria. Digo que justifique, porque pienso que toda política necesita justificarse. En la tradición española, por lo menos, la política se ha concebido al servicio de principios morales. El Estado y la política, en fin de cuentas, han de justificarse, análogamente al individuo, por su fe en los principios y por las obras en que los realizan.

Se trata, pues, de que Europa adquiera o recobre fe en unos principios dignos de su tradición y su cultura. España, en épocas difíciles, supo pensar con grandeza ideas de unidad y universalidad. En el más difícil de los tiempos, el espíritu español podría contribuir esencialmente a la creación de aquella conciencia común. La misión de las relaciones culturales sería la de *religiar* a los distintos pueblos en la unidad de una cultura de salvación.

ALFONSO GARCÍA VALDECASAS.

